

# Barcelona, en positivo

FERRAN MASCARELL

LA VANGUARDIA, 10.06.10

Es desesperante el desánimo que arrastra la ciudad. El virus de la desazón, la queja, la crítica, la desconfianza y la desorientación invade las conversaciones cotidianas. La gente estima la ciudad, pero cree vivir un momento de decadencia. Dijo Max Weber que corresponde a la política la tarea de responsabilizarse del futuro. En nuestro tiempo no es así. Sólo si los ciudadanos empujamos con extrema convicción será factible recuperar el porvenir. Los barceloneses precisamos de un proyecto común, de un relato de futuro en el que cada ciudadano pueda aportar cosas. Debemos aspirar a una memoria compartida, debemos rehacer nuestro contrato de convivencia con nuestros derechos y compromisos, debemos compartir una idea del futuro colectivo. Sin todo ello, las cosas que se hacen -muchas- no suman, la ciudad se estanca en el conformismo y los catalanes dejan de percibir el esperado liderazgo político, económico, cultural y simbólico de su capital.

Los ciudadanos saben que Barcelona siempre ha sufrido déficit de Estado; saben que su progreso se consigue cuando sociedad civil y política local aciertan a componer un proyecto común de ciudad, cuando una mayoría se identifica en un relato compartido, cuando una agenda básica aúna los objetivos de hoy con los futuros. Los barceloneses saben que su mejor receta es el esfuerzo cooperativo entre su tejido civil y el gobierno de la ciudad.

Es tiempo de sumar y no lo hacemos. Imaginemos que crisis y futuro se resuelven al modo de una gran olimpiada sin deportes, pero sí con la

misma voluntad e inteligencia que entonces. Voluntad para vincular la recuperación económica a la transformación definitiva de la base productiva de la ciudad. Sólo así será posible ofrecer oportunidades a los parados y a los jóvenes. Sólo así será factible desplegar un pacto de solidaridad a favor de las personas mayores y los expulsados del sistema. Sólo así será posible reformar nuestro preciado sistema de bienestar. Voluntad para conseguir un pacto político que permita ganar la batalla por la seguridad física y psicológica de la gente; sin seguridad no se sostiene un imaginario de comunidad, no hay sentimiento de ciudad. Voluntad para materializar una renovación cultural y educativa que prime la formación, la creatividad, la innovación, el talento, lo sostenible, la cooperación, la democracia, los sectores de alto valor tecnológico y el futuro.

Salir del desánimo exige modernizar nuestro modelo productivo y rehacer nuestros sistemas de bienestar y cultura.

Exige confiar en los emprendedores y apostar por la internacionalización y la cooperación. En la ciudad hay cientos de emprendedores que desean emprender proyectos y contribuir al futuro de la ciudad. Ellos nos darán un lugar en el mundo. Apostemos por la internacionalización. Es hora de cambiar la longitud de onda de nuestra mirada sobre nosotros mismos. Queramos o no, vivimos en una ciudad mundo. Ocupamos un lugar central en una de las regiones metropolitanas más activas de los cinco continentes. Nuestras oportunidades, nuestro desarrollo, nuestro bienestar, nuestra seguridad están en liderar esa región mundo. Nuestro futuro comparte intereses comunes con las ciudades que componen el eje que va de Lyon a Andalucía bordeando la costa mediterránea. Barcelona está en el centro de una región metropolitana global y no

parece haberse dado cuenta de ello; la mala manera de plantear los Juegos de invierno lo atestiguan. La vindicación del corredor mediterráneo que vertebrará Europa entre Escandinavia y África debería ocupar un lugar preeminente en la agenda política de la ciudad. La apuesta por la capitalidad mediterránea debería ser algo más que un eslogan. Pero para que todo ello sea creíble la ciudad debe recuperar el liderazgo de su conurbación metropolitana. Barcelona será metropolitana o no será. Y será necesariamente cooperativa. Cooperar será el paradigma obligado de nuestro tiempo (Alfons Cornella). Cooperar entre la iniciativa pública y la privada, entre administraciones, entre empresas, entre personas. En un mundo global, en una Catalunya siempre condicionada, en un Estado cada vez más ineficiente y en una Europa dubitativa, una ciudad sólo puede sobrevivir si quienes en ella viven aprenden a cooperar. No hay otro modo de desplegar un proyecto común.

Barcelona funciona cuando sus ciudadanos dan sentido a su identidad porque tienen algo que contarse, porque comparten una narración colectiva. Para construirla sólo cabe una receta: ser una sociedad civil exigente, cooperativa y con ideas; compartir un ideario básico, exigir un gobierno fuerte, riguroso y libre de prejuicios partidistas y tópicos. Nuestro presente y el futuro de nuestros hijos van en ello. Pese a todo, Barcelona sigue siendo uno de los mejores patrimonios que posee Catalunya. Es una gran ciudad. Es la capital del potencial económico y simbólico de la nación. Aporta a España, a Europa y al mundo un referente de capitalidad mediterránea, bienestar, civilidad y convivencia. Recordemos que su futuro está en nuestras manos, quizás así salgamos del desánimo.